



MENSAJE DE ADALBERTO ORTEGA SOLÍS EN LA CEREMONIA SOLEMNE EN QUE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA LE ENTREGA EL NOMBRAMIENTO DE MAESTRO EMÉRITO.

Paraninfo Enrique Díaz de León
Guadalajara Jalisco, a 17 de febrero de 2015

Señor Rector General de la Universidad de Guadalajara, **Maestro Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla;**

Señor Maestro **Don Roberto López Lara**, Secretario General de Gobierno en representación del **Maestro Jorge Aristóteles Sandoval Díaz**, Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco;

Señor Diputado **José Trinidad Padilla López**, Presidente de la Mesa Directiva del Congreso del Estado de Jalisco;

Señor **Doctor Don Luis Carlos Vega Pámanes**, Magistrado Presidente del Poder Judicial del Estado de Jalisco;

Doctor Miguel Ángel Navarro Navarro, Vicerrector Ejecutivo de la Universidad de Guadalajara;

Maestro José Alfredo Peña Ramos, Secretario General de la Universidad de Guadalajara, y;

Doctor Héctor Raúl Solís Gadea, Rector del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades;



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
RECTORÍA GENERAL

Maestro Don Guillermo Cosío Vidaurri, Ex Gobernador del Estado de Jalisco y maestro mío;

Ingeniero Ramiro Hernández García, Presidente Municipal de Guadalajara, gracias por estar aquí;

Amigos y compañeros Maestros Eméritos **José Luis Leal Sanabria** y **Jorge Humberto Chavira Martínez**;

Señor ex rector de nuestra universidad, **Arquitecto Enrique Zambrano**;

Señor Secretario de Turismo, dilecto amigo **Enrique Ramos Flores**;

Señores ex rectores, miembros del Consejo de Rectores de nuestra Universidad;

Señores Directores de las divisiones de estudios de nuestra universidad y jefes de departamento;

A mi familia, a mis amigos, a mis compañeros de generación que aquí están, como siempre, acompañándome;

Lo primero que dije, que no me vaya a atacar la emoción, pero pues ya me atacó... y muy fuerte;

A todos ustedes aquí presentes.

En primer término, permítanme señoras y señores que mis primeras palabras sean de agradecimiento a todos ustedes: por su presencia aquí en este trascendental acto que tanto significa para mí.



Gracias al Consejo de División, al Consejo del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades y al Consejo General Universitario por haber aprobado mi honrosa designación.

“Emérito”.

Palabra compleja que viene del latín *emeritus*.

Dice la Real Academia Española que emérito es aquel «que se ha retirado de un empleo o cargo y disfruta algún premio por sus buenos servicios». También señala que «se dice especialmente del soldado cumplido de la Roma antigua que disfrutaba la recompensa debida a sus méritos».

“Emérito” es un adjetivo de múltiples significados.

Este grado que me otorga mi *Alma Mater* evoca las dos acepciones que acabo de mencionar: es un premio que lo recibo con humildad porque soy un soldado de mi Universidad, que recibe una recompensa enorme, para mis muy escasos méritos.

Pero no me retiro.

No me retiro porque, mientras la fuerza vital esté en mis venas, mi mente me permite pensar y mi cuerpo trabajar, estaré aquí, para mi Universidad, para su comunidad, para todos ustedes, en lo que pueda colaborar.

“Emérito”.

Qué medalla tan grande para el paso por las aulas, las mismas en que yo me formé como abogado, donde conocí tantos talentos, primero como



condiscípulos y luego como estudiantes. Qué grande la Universidad, que permanece mientras las generaciones pasan.

Acudí al llamado de una vocación dictada originalmente por la sangre y definida posteriormente por el destino, gracias al legado de mis padres. Desde niño me fue inculcado el actuar en todo momento con respeto y ánimo para cumplir con el deber del servicio a la Patria. Debo tal ejemplo a mi señor padre, el Capitán del Ejército Mexicano, **Don Adalberto Ortega Huízar**, cuya destacada trayectoria me impulsó a seguir sus pasos en la carrera militar y política. Sin embargo, la oferta educativa de esa época en la Universidad del Ejército Mexicano solo contemplaba las siguientes opciones: Ingeniería (zapadores), transmisiones y medicina, es decir primero la carrera militar (obviamente mi caballería), y después de tres años al graduarse entonces posteriormente ingresar a la Facultad de Derecho. Al sentir con gran energía el llamado de la vocación por la carrera de Abogado, me encontré con una disyuntiva cuya solución eventualmente sería la de no continuar con el camino de las armas, y en cambio, acudir al llamado de las Leyes. No podría ser de otra manera: mi señora madre, **Doña Themis Solís Domínguez**, tuvo por nombre **Temis**, el de la diosa de la Justicia, de la mitología griega.

Creo que tal designio fue fundamental para honrar con mi desempeño a mis padres y opté por convertirme en el primer Abogado de mi familia. Con el paso de los años, tuve el gusto de ver replicada mi vocación en mi hermano **Miguel Ángel** y en mis hijas **Cecilia** y **Patricia**, Abogados que ejercen



invariablemente el Derecho con propiedad y respecto al cumplimiento del deber.

Observo los murales de **José Clemente Orozco**, estas paredes de cantera de mi antigua Facultad de Derecho y siento que todos somos pentafásicos: pensamos, interrogamos, indagamos, reflexionamos y nos entusiasmos. Somos constructores y filósofos, especulamos y creamos. Buscamos el conocimiento y lo concretamos, lo aplicamos.

Y qué mejor que el Derecho para pensar y trabajar, para ejercer esas cinco fases del hombre creativo, para investigar, reflexionar, enseñar, aprender y crear. Si la balanza es símbolo, que mayor significado que estar aquí para recibir este grado, que abarca nuestras cinco facetas, los aspectos vitales de la esencia del devenir académico.

“Maestro”.

Palabra muy potente.

Se habla de obra maestra o de una persona con maestría cuando tiene mérito relevante entre los de su clase; de igual forma se usa este adjetivo para calificar a la persona que enseña una ciencia, arte u oficio, o tiene título para hacerlo. Asimismo, maestro es la persona que es práctica en una materia y la maneja con desenvoltura. También es el título que servía para condecorar al hombre que tenía el grado mayor en filosofía, conferido por una universidad.

Todas estas acepciones son muy elogiosas. No me aplican. Soy un soldado, como los centuriones romanos, que luego de un largo camino regresa a casa.



Lo único que he hecho es caminar, a paso continuo, sin correr, pero sin parar nunca.

Y he llegado a mi *civitas*, a mi ciudad, a mi Universidad. Porque desde los días en que aquí en estas aulas que ahora son museo, aprendí que una norma, un contrato, un edicto, un tratado, hasta el día de hoy, son esencia misma de la convivencia humana, por eso es que he sostenido mi lanza, la del Derecho, que es mi pasión.

¿Tiene mérito? No lo creo. Estimo que todos los seres vivos tenemos un cometido, un objetivo. Somos tabiques en un edificio, con funciones específicas: unos actúan como cimientos, otros como columnas, otros soportan el vitral.

Sólo se nos pide ser sólidos, y hacer nuestra función.

Fuimos guiados por nuestros grandes maestros. Permítanme que los mencione a todos los que fueron mis maestros, a todos sin excepción: **Don Constancio Hernández Alvirde, Don José Guadalupe Zuno Hernández, Don Gilberto Moreno Castañeda, Don León Aceves Fernández, Don Manuel Bailón González, Don Fernando Gallo Lozano, Don José Parres Arias, Don Efraín Urzúa Macías, Don José Montes de Oca y Silva, Don Alberto Orozco Romero, Don Carlos González Durán, Don José Hernández Arámbula, Don Alberto Arámbula Magaña, Don Miguel Rábago Cornejo, Don Ignacio Maciel Salcedo, Don Santiago Camarena, Don José Manuel Chávez, Don José Gutiérrez Hermosillo, Don Rogelio Luna Arias, el maestro Martínez Valadéz, Don Reynaldo Díaz Velez, Don José María Díaz de León**, todos ellos lamentablemente ya fallecidos, pero



afortunadamente todavía están entre nosotros y esperemos que por mucho tiempo, tres de nuestros maestros, el **Dr. Mario Rivas Souza**, el **Lic. Francisco López Brizuela**, quienes se comunicaron conmigo, pero que en este momento lamentablemente se encuentran enfermos, pero quiero agradecer a mi maestro **Don Guillermo Cosío Vidaurri**, que está con nosotros presente y como siempre demuestra su solidaridad con todos los que fuimos sus alumnos, gracias Maestro, gracias por sus conceptos.

Hace cuatro años, nos reunimos en este mismo espacio para que **Don Enrique Romero González**, quien fue mi primer director cuando yo ingresé a la facultad como profesor. El maestro **Romero** ya partió pero hace cuatro años recibió este mismo grado; repito, él ya partió a otros planos. Valga este momento para recordarlo y tener presente que el testimonio que nos entrega es de un peso impresionante.

Hay cuatro pensamientos de **Séneca** que se enlazan entre sí y que me han servido de guía: «*La recompensa de una buena acción está en haberla hecho*»; «*Los hombres aprenden mientras enseñan*»; «*Si me ofreciesen la sabiduría con la condición de guardarla para mí sin comunicarla a nadie, no la querría*»; y cuatro «*A vivir se aprende toda la vida, y toda la vida se ha de aprender a morir*».

No he terminado de aprender, porque sigo viviendo. Mi existencia tiene sentido porque comparto lo que he aprendido, con esa conducta me siento recompensado.

Hoy me acompañan mi familia y amigos. El faro y refugio de todos los días está en mi esposa **Margarita**, mis hijas, mis nietos, mis hermanos: en ellos



está mi refugio en los momentos más felices y los más tristes. En mis amigos tengo a mis compañeros de empresas y aventuras, de anhelos y proyectos, mis camaradas del camino recorrido: mis colegas de centuria, que inmerecidamente me han permitido dirigir el recorrido en algunas ocasiones.

A mi sangre, amigos, colaboradores les expreso todo mi agradecimiento. Sin el amor y solidaridad de mi esposa e hijas, mi vida no habría tenido sentido. Sin el apoyo de mis amigos y colaboradores mi esfuerzo no hubiera dado todos los frutos que hoy existen. Sin mi comunidad universitaria no sé qué hubiera sido de mí.

No mencionaré a todos los universitarios cuya presencia en mi vida ha sido valiosa, sería fácil que cometiera el error de omitir el mérito de alguno de aquellos que he conocido durante más de **60** años.

Sin embargo, debo decir que de una u otra forma todos han tocado mi espíritu: desde los grandes liderazgos que han dado rumbo a esta Universidad, hasta los estudiantes que día con día, con sus preguntas e inquietudes, me recordaban que aquello que yo creía saber valía la pena volverlo a meditar. El aula vivifica: lleva la savia al árbol de la existencia.

Cuando comencé mi andar por la Universidad de Guadalajara, era una institución metropolitana. Hoy es una gran red que abarca todo el estado de Jalisco, como ninguna otra institución pública ni privada lo hacen. Me admira y enorgullecen sus labores sustantivas de investigación, docencia y difusión cultural, su Feria Internacional del Libro, su incesante trabajo de



extensión, que ha traspasado las fronteras, su presencia en todos los aspectos de la agenda pública de nuestra entidad federativa.

Soy notario, si muy orgulloso de serlo, heredero de los tabularii romanos, que escribían en tablillas de cera. Hoy escribimos en tabletas electrónicas, conectadas a Internet y que manejan miles de millones de datos. Cambia la potencia, que en más de **dos mil quinientos** años han permanecido afortunadamente las formas de las cosas (o hemos regresado a ellas). Esa es una evidencia más de lo efímero de la vida humana, de la vida humana individual: porque esa pasa como una brisa matutina en el jardín de la civilización.

Sólo le pido al gran arquitecto del universo que me enseñe a envejecer, que me convenza de que no son injustos conmigo los que me quitan responsabilidad, los que no piden mi opinión, los que llaman a otro para que ocupe mi puesto, que me quite el orgullo de mi experiencia vivida, que me quite el sentimiento de crearme indispensable, pero que me ayude para que todavía sea útil a los demás, contribuyendo con mi optimismo a la alegría y al entusiasmo de los que ahora tienen la responsabilidad, para que con serenidad acepte los cambios en el mundo sin que me lamente por el pasado que ya se fue y que acepte mi retiro en los campos de actividad como debo aceptar con sencillez el ocaso del sol.

Reitero mi agradecimiento a la Universidad de Guadalajara, a mis padres, que ya no están aquí; a mi familia, a mis maestros, a mis amigos y a mis colegas, a mis colegas de generación. Esta brisa no tiene más palabras para expresar lo mucho que le debe al espacio y tiempo que le ha tocado, sólo



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

RECTORÍA GENERAL

espero ser útil a todo el que me necesite, hasta mi último momento, hasta que me toque ser testigo de nuevas brisas que soplen en el árbol de la sabiduría, cuyas raíces están en esta Casa de Estudios, en mi *Alma Mater*, en mi Benemérita Universidad de Guadalajara.

Muchas gracias.

Versión estenográfica
2015_02_17 Mensaje de Adalberto Ortega Solís